

## ESTUDIOS CLÁSICOS Y LA DIDÁCTICA DEL LATÍN

El Dr. Rodríguez Adrados revelaba, recientemente, (ver *Estudios Clásicos* núm. 95) el informe-proyecto que elaboró cuando un grupo de profesores de lenguas clásicas pretendía lanzar una publicación periódica. La lectura de ese documento, en el que los aspectos didácticos figuran como parte importante, me ha sugerido la idea de recopilar las colaboraciones aparecidas en *Estudios Clásicos* que guarden relación con ese tema, en lo concerniente al latín. No pretendo con ello (aunque pueda deducirse indirectamente) enjuiciar el grado o acierto en el cumplimiento de aquel propósito. Mi intención es ofrecer, de forma sucinta, los intentos, directrices y propuestas de estas últimas cuatro décadas para solucionar los problemas metodológicos de la enseñanza del latín en el Bachillerato.

El primer número se estrena con «La traducción en la metodología del latín» del profesor Valentí Fiol. Comienza preguntándose por la causa de las deficiencias didácticas de esta asignatura. El estudio del latín tiene como objetivo primordial la traducción, pero al no conseguirlo, de forma satisfactoria, determinados profesores, en muchos casos, acostumbran a insistir en la lingüística y en la gramática. En cierta manera es un sin sentido, ya que las cuestiones de «normativa» deben quedar en estos tiempos relegadas al estudio del castellano. Los estudios clásicos pretenden ser un elemento correctivo al tecnicismo exagerado. Esta labor, sin embargo, corresponde a todo el profesorado de Letras, pero al haberse establecido un bachillerato humanístico sin preparar al mismo previamente, hay que aceptar por parte de los profesores de latín y de griego esa misión supletoria.

Distingue tres tipos de traducción: oral preparada (a la que incumbe la tarea principal), improvisada y escrita. En todas ellas se suscitan diversas cuestiones: extensión, análisis, adquisición de vocabulario, manejo de diccionario.

Prefiere textos extensos e insistir en que éstos tienen siempre sentido completo y coherente con el tema general de la obra a la que pertenecen. Sentido que puede difuminarse si se presta excesiva atención al análisis. Así el de palabra por palabra debe ceñirse a los ejercicios complementarios, a la teoría gramatical y reservarlo a los primeros cursos de manera que en los siguientes se atienda al de oraciones y períodos.

El trabajo del profesor, además de ayudar en la preparación de la traducción, consistirá, básicamente, en hacer ver al alumno el porqué de sus fallos. No encuentra inconveniente en que los textos lleven anotaciones gramaticales en los pasajes difíciles y otras referidas al contenido real. Las notas sirven también para suplir la gradación de los textos, solución complicada, una vez abandonados los ficticios, que deben utilizarse solamente al principio.

La adquisición del vocabulario no es fácil, entre otras razones por la calidad intelectual y literaria de los autores latinos. A pesar de ello hay que servirse del diccionario con parsimonia y sólo en los cursos superiores después de iniciar a los alumnos en el manejo del mismo.

Pondera asimismo los beneficios de la retroversión, de forma especial, en los primeros cursos a fin de fijar las nociones elementales, uso de los casos, oraciones de infinitivo...

García Diego en el número tres (junio de 1951) piensa en «Observaciones sobre metodología del latín en el Bachillerato» que, aunque el valor del método es algo personal, la confrontación de las doctrinas didácticas sobre la enseñanza puede ayudar en gran manera. Convendría así adscribir temporalmente a los nuevos profesores con otros que hayan obtenido resultados aceptables.

Tras formular unas breves consideraciones acerca de los diferentes métodos que se deben utilizar, según esté masificada o no la clase, manifiesta que el problema básico del latín es la traducción. Habrá que plantearse por ello si ésta debe ceñirse a lo estrictamente gramatical o ha de ser una interpretación castellana.

En su opinión no existe traducción segura y seria si no se domina la estrictamente gramatical, lo cual no significa que haya que efectuarla explícitamente siempre. La libre, por su parte, admite diversas modalidades, ya que si buscamos claridad habrá que evitar impropiedades en nuestra lengua y si la finalidad es la perfección máxima del castellano tendremos que cuidar todo lo posible la elección del léxico. El primer tipo sería un mínimo exigible

y el último el ideal de toda traducción responsable. Se inclina por cierto rigorismo gramatical que evita, además, el peligro de la intuición.

Resulta más efectivo, por otra parte, que el profesor dirija y ayude a los alumnos a que éstos estudien con textos en los que aparezca la traducción interlineal profusamente anotada. Reconoce, sin embargo, que en casos concretos son necesarios por falta de escolarización.

De tema trascendental denomina a la cuestión de la selección y presentación de los textos (antología, un autor, varios...), aunque silencia su opinión al respecto. En los inicios se inclina por las frases, ya que éstas se pueden agrupar sistemáticamente para marcar la evidencia de las reglas y también para graduar las dificultades.

La formación del profesorado no debe limitarse sólo a la destreza en la traducción. Necesita poseer conocimientos de filología, latín vulgar, de historia, instituciones, aunque sólo ocasionalmente tenga que hacer referencias a los mismos. Insiste en la traducción de textos largos y en la necesidad de que el profesor añada datos culturales, aclaraciones literarias e incluso de gramática histórica...

Se muestra muy poco partidario del latín hablado. Aprueba sin embargo, la retroversión por considerarla sumamente útil para entender y asimilar las normas gramaticales.

La semejanza entre el latín y el castellano, en principio, supone sus ventajas, aunque no conviene reducir el estudio de estas asimetrías a pequeñas diferencias entre ambas lenguas. Resulta, por otra parte, bastante provechoso seguir en todos los cursos un método vivo, de comparación.

El léxico, por su parte, punto capital de los idiomas, unas veces se ofrece sumamente fácil y otras expugnable con un poco de trabajo. La paciente y tenaz habilidad del profesor hará que el alumno llegue al dominio de un vocabulario normal. Para ello hay que insistir en la igualdad de formas, derivados españoles, agrupación de ideas, memoria mental y acústica...

El parecido entre las dos lenguas conlleva, sin embargo, su contrapartida ya que los alumnos se lanzan con frecuencia a la traducción de oído, lo que no hace sino suscitar la hilaridad. El latín no se descifra con recetas mágicas, ni se puede dominar atropellando casos, tiempos y partes de la oración. El profesor debe, insistentemente, prevenir al alumno de los peligros de la semejanza, puesto que ese engaño es cómodo ya que le invita a no pro-

fundizar en dificultades que parecen inútiles. El estudio de la lengua latina posee mucho de ejercicio para descubrir los pasos difíciles que si son evitados, puede defraudar en su fin primordial: no sólo instrumento para entender un texto, sino también un medio formativo intelectual.

Confiesa que definirse por soluciones generales en los problemas didácticos es arriesgado, puesto que cada profesor suele inclinarse por un procedimiento. Para el autor, por ejemplo, el aprendizaje de los verbos con sus tres temas sigue siendo la clave del gran pórtico del latín, mientras que para otros es una preocupación superada. Frente a la opinión por otra parte, tan frecuente, de que la sintaxis elemental se logra con el aprendizaje de la regla, entiende que es más efectivo memorizar frases que contengan esas normas. Finaliza afirmando que sin método es difícil obtener resultados satisfactorios en la enseñanza.

En el número cinco (febrero del 52) Marín Peña indica «Sobre la adquisición del vocabulario» que la posibilidad de utilizar diccionario en el examen de Estado ha creado cierta negligencia en la memorización del vocabulario. El estudiante además no gusta del esfuerzo adquisitivo y por ello se pregunta por qué aprender vocabulario si está en los diccionarios. Más cuando éstos, en muchos casos, suministran el sentido oculto, la acepción escogida y a veces la frase entera. Pero el uso del diccionario falsea la formación de la personalidad al considerarlo el alumno como resolutor automático infalible, lo que le releva de todo esfuerzo interpretativo y selectivo. Lo más grave, sin embargo, es que por cierto fundado temor hace que busque todas las palabras, incluso con errores crasos, y después realiza la versión de cualquier manera sin preocuparse de que el contenido coincida con el original. Es preciso impedir un uso prematuro, señalar su limitación y falibilidad y no aconsejar ni permitir su manejo sin previa instrucción. El alumno carece de agilidad en la alfabetización, de criterio para elegir la acepción concreta, además de ciertos fallos o deficiencias en morfología que oscurecen el enunciado y así confunde sustantivos por verbos...

En el aprendizaje del vocabulario cabrían dos etapas: adquisición y perfeccionamiento. En la adquisición prevalece el primer contacto con voces nuevas y, en el segundo, predomina la repetición, la ampliación de sentidos y de acepciones.

La teoría más extendida en la enseñanza del latín es la de que en los cursos elementales se conjugue gramática, frases ficticias y

un vocabulario acomodado a esa traducción. Este sistema dice muy poco a la afectividad, por lo que las palabras se olvidan fácilmente. Es preferible, por ello, aprender el léxico leyendo un texto seguido. El problema surge en la selección de textos adecuados, ya que las *Historiae Sacrae* no versan sobre asunto clásico, en el *Epitome Historiae Graecae* predomina el exotismo y el exceso de nombres propios no latinos y el *De Viris* encierra excesivas dificultades. Sería así de desear se compusiera un tratado de instituciones romanas en lengua latina.

Para la adquisición del léxico suele preconizarse un cuadernillo de vocabulario, pero este sistema dificulta una ordenación rigurosa y apenas caben otros datos que una o dos acepciones; las fichas, en cambio, ofrecen mayores ventajas ya que posibilitan la alfabetización exacta, inician a los alumnos en la técnica de papeles, admiten la posibilidad de acrecentar datos, se prestan a nuevas clasificaciones y se va aprendiendo el incremento lexical.

Las anotaciones deben reducirse a lo imprescindible: enunciado, declinación o conjugación, género, indicación etimológica y los significados más corrientes. Posteriormente se pueden añadir otros. Las observaciones o irregularidades deben incorporarse al dorso. Además, desde muy pronto, habría que acostumbrar al alumno a entroncar los vocablos etimológicamente con nuestra lengua, incluso cuando haya mudado la significación. Considera de inestimable valor a este respecto el estudio de la composición por preverbios.

Rodríguez Adrados (mayo, 1952) en «La Lingüística en la Enseñanza de las lenguas clásicas», entiende que existen en latín y en griego suficientes coincidencias que justifican tratarlos simultáneamente. El estudio conjunto de una y otra beneficia ambas. Podría incluso ampliarse a otras que se cursan en el Bachillerato, especialmente al español (por nuestra parte atenderemos sólo a lo que se refiere al latín).

Los resultados y métodos de la lingüística, según Adrados, ayudan a vivificar el estudio de las lenguas clásicas, ya que el exceso de memorismo se combate con sistemas más racionales; el aburrimiento con el interés y espíritu de curiosidad por un acercamiento mayor a la vida y a la cultura antigua. De hecho, aunque ha progresado bastante la enseñanza de estas lenguas introduciendo conocimientos científicos y se ha purgado a los libros de texto de una serie de conceptos erróneos, no se ha logrado todo lo que

puede aportar la lingüística para un mayor éxito del latín y del griego.

La aplicación de la Lingüística a estas asignaturas está en función de la finalidad de las mismas que, además de ejercitar la inteligencia, son instrumento para la comprensión de las obras literarias y a través de ellas de su cultura que todavía pervive en la nuestra. Y esto último se consigue mejor si el estudio de la lengua se adapta a los conocimientos lingüísticos actuales.

En principio no se discute la legitimidad de aplicarla a la enseñanza del latín, pero se ha polemizado bastante, especialmente, en Alemania, sobre la medida y la forma. El abuso de la misma en el Bachillerato no lleva sino a desorientar, recargar el trabajo de los alumnos y a impresionarles con los conocimientos recientemente aprendidos por el maestro. No se trata tanto de cursar una materia nueva sino la consideración científica del lenguaje con un enfoque diferente que sacará a esas lenguas del estado de fosilización en que se encuentran los paradigmas gramaticales y presentarlos a la luz de los factores que actúan en la vida del lenguaje. Factores que no son otros que ejemplificarlos con el español, puesto que al estudiar el latín en su evolución, se puede fácilmente comparar con su paso al castellano. El enfoque lingüístico en el estudio de las lenguas clásicas en el bachillerato no tiene que convertirse en un fin independiente, sino en una especie de ambiente para explicar científicamente determinadas irregularidades.

El aspecto evolutivo en sí y en relación con el español lleva a que la ley fonética ocupe un lugar destacado. Se puede así, desde muy pronto, con el estudio de las declinaciones percibir el rotacismo, con la composición de las palabras la apofonía, con las conexiones etimológicas los efectos de la síncope, asimilación y disimilación. Sumamente importante resulta también la analogía. Ésta completa y explica reglas y excepciones que, en principio, podrían parecer demasiado extrañas.

Son igualmente útiles en la declinación y conjugación los conceptos de tema y desinencia, si bien es en la sintaxis donde la explicación histórica e, incluso comparativa, proporciona mejores resultados. Las etimologías resultan asimismo interesantes al transportarnos a circunstancias materiales y espirituales primitivas, ya que en el origen de infinidad de vocablos se descubren elementos de valoración de aquella época (*Locuples*, por ejemplo, literalmente 'rico en campos' nos lleva a una economía netamente agraria).

Por otra parte los préstamos ayudan a resaltar la influencia de la cultura griega en la latina y de ésta en la nuestra.

Como resumen señala que la enseñanza de las lenguas con ese enfoque hace llegar al conocimiento de principios lingüísticos generales, nos pone directamente en contacto con interesantes hechos culturales y favorece el propio valor educativo al vivificar la materia lingüística clasificada mediante un nuevo espíritu que comprende y pregunta. No es sensato, sin embargo, pretender explicarlo todo y menos de forma sistemática con la lingüística. Ésta sólo debe ofrecerse en el momento oportuno y mejor si los alumnos la buscan con ayuda del profesor.

Después de propiciar la vuelta a la ortografía y pronunciación antigua, dedica un extensísimo párrafo al estudio histórico y comparado de la morfología griega.

El número trece —noviembre del 54— publicó tres artículos de tema didáctico.

En el primero «Sobre la Enseñanza de las lenguas Clásicas», Rodríguez Adrados cree que la entrada en vigor del nuevo bachillerato (reducción de siete cursos de latín a tres en el elemental y otros tres más para los de Letras en el Superior) debe estimular al profesorado a fin de que los alumnos adquieran unos resultados mejores. El hecho de cursar esta asignatura como optativa en quinto, sexto y Preuniversitario presupone un interés mayor por la misma.

En realidad los profesores sólo pueden modificar lentamente la enseñanza buscando el perfeccionamiento de la metodología, ya que existen determinados hechos que la afectan negativamente. Nuestro país carece de tradición clásica, la Universidad proporciona conocimientos y orientaciones a unos pocos solamente por lo que el profesorado se sirve únicamente de su experiencia. Eso hace que la morfología se enseñe con frecuencia de forma rutinaria, la sintaxis como un conjunto de recetas, que muchas veces no se entienden y la mayoría de los textos que se traducen carecen de interés.

El cambio de planes debe forzar a romper esta situación y el incremento de nivel en las Facultades, la aparición de nuevas revistas y publicaciones hacen concebir esperanzas de mejora.

A fin de crear una situación más favorable hacia el latín y ayudar a la didáctica del mismo conviene limitar el estudio de la gramática en los primeros años, facilitar el aprendizaje de la morfología con ejemplos de aplicación y comparación con el castellano.

Es imprescindible, además, una buena preparación por parte del profesorado. Sólo el que conoce bien la materia puede llamar la atención sobre lo que parece más útil para abrir perspectivas alentadoras y hacer más atractivo su estudio.

La enseñanza de las lenguas clásicas debe ir acompañada de cultura. Es preciso situar los textos que se traducen en su ambientación histórica, elegir autores diversos con variedad de temas, resumir las partes no traducidas, aprender el esquema general de la literatura deteniéndose en los autores más significativos.

El esfuerzo principal, sin embargo, ha de encaminarse a la traducción, aunque antes hay que resolver el papel de la gramática y el de las frases sueltas. Hay que limitar aquélla a lo imprescindible, aprenderla, básicamente, con la traducción y vivificarla despertando en los alumnos discretamente el sentido lingüístico.

Para conseguir soltura en la traducción hay que memorizar el vocabulario. Se necesita por ello determinar las palabras que se deben aprender, la forma de adquirirlas y utilizar poco el diccionario.

Se lamenta, largamente, de que en el estudio de latín se haya abusado de las frases con objeto de asimilar la morfología y la sintaxis. El deseo de ejemplarizar las normas ha descuidado llegar pronto a la traducción de trozos enteros, fin primordial del estudio del latín junto con los comentarios culturales.

Confía que las dificultades se solucionarán aumentando el nivel científico y la preparación pedagógica como se viene observando, lo que no deja de ser una esperanzadora señal.

García Calvo en el artículo siguiente «Orientaciones para la preparación al examen de latín» ofrece conjuntamente los objetivos y la metodología del bachillerato elemental, curso por curso, tal como los expuso en una reunión con los profesores de esta asignatura en Zamora.

En el primer año el alumno debe conocer el funcionamiento de la frase simple, aprender las declinaciones, las conjugaciones de los verbos más frecuentes, la mayoría de los pronombres, las preposiciones con sus distintas posibilidades y adquirir el vocabulario más usual.

Para segundo, además de afianzar y completar los conocimientos del curso anterior, propugna dominar la oración compuesta, atender a las excepciones y particularidades de la declinación, estudiar los diferentes tipos de comparativos y superlativos, los valores especiales de los pronombres, verbos irregulares y deponen-

tes y seguir aumentando el vocabulario. Las frases sueltas han de dejar paso a trozos de César, cartas de Cicerón y alguna fábula de Fedro.

En tercero, finalmente, se leerán capítulos enteros de César, determinadas páginas de Cicerón y algunos versos de Virgilio.

Aboga por una metodología, eminentemente, activa e insiste de continuo que la normativa gramatical debe deducirse de la traducción y lectura de textos. Es partidario de aprender pocas reglas gramaticales y de proponerlas, además, no como algo absoluto, sin excepciones, ya que el estudio del latín debe ayudar a la adaptación al trato con la vida y con los hombres.

Con objeto de entender y asimilar la flexión nominal y verbal recomienda ejercitarse con frases que utilizando las mismas palabras varíen de función. Se ha de evitar, por otra parte, la traducción mecánica, de oído. Hay que penetrar siempre en el significado exacto de las palabras y exigir una traducción con sentido, hacer notar la concordancia por lo que conviene huir de oraciones y frases excesivamente similares a las de nuestra lengua.

En el tercero: «El uso del Diccionario en el estudio del latín», José Rodríguez ofrece al final un resumen, en forma de conclusiones, que transcribo literalmente por entender que encierran una síntesis perfecta de la teoría del autor:

«1.<sup>a</sup> El diccionario latino-español y español-latino es uno de los instrumentos de trabajo que han de emplearse en la formación humanística, pero su uso debe ser regulado convenientemente para que, obviando ciertos peligros a que puede llevar, resulte realmente fructuoso.

2.<sup>a</sup> En los cursos inferiores o de gramática, como los alumnos no están todavía capacitados para hacer por sí mismos la selección entre varias acepciones de las palabras que trae el diccionario, conviene que sea sustituido por los vocabularios especiales y apropiados de los libros de texto.

3.<sup>a</sup> Se pondrá en manos de los alumnos en tercero, cuarto o quinto cursos, cuando comiencen a estudiar la Estilística latina y la Preceptiva literaria castellana.

4.<sup>a</sup> El profesor deberá explicar previa y detalladamente las características del diccionario, y para que los alumnos se percaten bien de ellas hará que éstos las comprueben prácticamente.

5.<sup>a</sup> Los alumnos no pasarán sobre el diccionario más tiempo

del necesario para hacer la composición y la traducción, fin a que el diccionario se destina.

6.<sup>a</sup> No es recomendable el servirse del diccionario como medio de amplificar el léxico o dominio del lenguaje independientemente de los ejercicios de versión, aprendiendo de memoria los significados de las palabras, pues esto, además de suponer un trabajo fastidioso para el alumno, sería de poquísima o ninguna utilidad».

Cinco años más tarde (noviembre del 59, núm. 28), Jiménez Delgado en «El Latín y su Didáctica» señala que muchos fundamentan los ataques al latín por la ineficacia y casi esterilidad en su enseñanza. Aunque para el autor la acusación sea exagerada, urge revisar, actualizar y vivificar la metodología, ya que la batalla sólo se ganará ofreciendo calidad y si los alumnos observan los beneficios de su estudio.

Aun cuando la renovación metodológica ha de realizarse sin abandonar totalmente el espíritu que inspiró a los grandes maestros del Renacimiento, es preciso amenizar la enseñanza, crear simpatía hacia esa asignatura en los alumnos, entusiasmarlos; usar discretamente la gramática, aprender desde los primeros años vocabulario, orientarles en la traducción y no descuidar hablar y escribir en latín.

El profesor tiene la obligación de desterrar en los alumnos la idea de que el latín es una lengua muerta. Hay que explotar también mapas, fotografías de personajes y monumentos, esquemas gráficos, discos, cantilenas, etc. El ambiente de simpatía se logra con libros de adivinanzas, chistes, cuentecitos, sentencias, curiosidades, cantos, diálogos fáciles. Señala que gran parte de ese material se puede encontrar en *Palaestra Latina*, *Latinitas* y *Acta Diurna*. Entre los «libritos» cita los franceses *Cornelia*, *Marcus* y *Tullia*, varios de Paoli y los ingleses *Principia* y *Pseudolus Noster*. Si el profesor se ilusiona y se entrega a su misión, los resultados se palparán muy pronto.

De todas formas es preciso aprender paradigmas nominales y verbales, géneros, pretéritos, supinos y el mecanismo de las oraciones, aunque hay que rehuir detalles de fonética y morfología histórica. Conviene asimismo servirse de métodos activos. La preponderancia de la Gramática, a pesar de cierto ambiente antigramaticalista, la posibilidad de utilizar el diccionario en los exámenes y de considerar al latín como lengua muerta restan importan-

cia al aprendizaje del vocabulario. Grave error que ha traído la decadencia de las humanidades y hace que los alumnos saquen muy pocos conocimientos de esta asignatura si los comparan con los que se adquirirían en siglos anteriores. Necesitamos insistir en la memorización del léxico, especialmente, en los países como el nuestro de lenguas románicas. De todas formas la lengua se aprende en contacto con los textos, aunque éstos ofrezcan con frecuencia dificultades. Para los inicios pueden ser útiles los ficticios, pero hay que introducir pronto los auténticos con la ayuda del profesor que ha de escalonarlos, prevenir los escollos y animar a los alumnos pusilánimes.

Sólo cuando el profesor cuide de dar vida a la traducción se avanzará en ésta. Para ello debe percibir el mensaje de la obra y transmitirlo en sus explicaciones con la mayor fidelidad posible. Resulta también bastante beneficioso la lectura de autores clásicos en abundancia siguiendo las ideas principales sin detenerse a traducirlos verbalmente. Esta lectura acorta el camino para familiarizarse con los clásicos, aun desconociendo el significado preciso de palabras concretas o giros, puesto que el sentido se puede captar por el contexto.

Propugna como algo sumamente importante para aprender latín la retroversión. Este ejercicio obliga a fijarse en el uso de los casos, modos, tiempos, concordancia y hace todo más eficaz que la sola traducción.

En el último apartado formula una apasionada apología del latín hablado. Entiendo que es uno de los secretos para restaurar y aprender esta disciplina. Cita como confirmación varias publicaciones francesas, italianas y alemanas e insiste en que para conseguirlo hay que utilizar una metodología similar a la que se emplea en el estudio de las lenguas modernas.

En «Didáctica de la construcción del Gerundio en latín» (n.º 90, 1986) Jesús Aspa expone, de forma esquemática, aunque con relativa profusión, objetivos, conocimiento previo en español, formación, funciones y ejemplos prácticos.

Divide la enseñanza del gerundio en dos grados. El objetivo del primero sería reconocer los gerundios y traducirlos correctamente. Presupone que el alumno sabe que en español no se conjuga y que desempeña diversas funciones que en parte coinciden con las del latín y en otras no, ya que el gerundio en latín es un sustantivo verbal con la declinación y funciones propias de este tipo de palabras.

En el segundo grado se trata además de reconocer y explicar la formación del gerundio y apreciar los distintos valores que encierra. El alumno debe tener presente que el gerundio español goza de los caracteres del nombre y del verbo, procede del gerundio en ablativo, tiene forma compuesta y admite toda clase de complementos. El latino difiere, básicamente, en que sirve de declinación al infinitivo y de que no necesita el valor del participio.

Como ejemplarización del primer grado ofrece unas frases de *De Bello Gallico*. Expone primero, brevemente, el contexto histórico y datos del autor para, a continuación, comentar con detalle el vocabulario y detenerse profusamente en el significado del gerundio y su diferencia con el español.

Utiliza cuatro versos de Ovidio como ejemplo del segundo grado. Añade una pequeña explicación sobre el género elegíaco a las noticias sobre el autor y al comentario del vocabulario y gramatical.

El número 82 (1987) publica la experiencia realizada por varios profesores del Seminario Permanente del CEP de Miranda de Ebro. Comparan los resultados conseguidos con dos grupos de alumnos de segundo de BUP utilizando en una clase un libro de texto tradicional y semiprogramado con otro grupo.

El trabajo consta de tres partes, claramente diferenciadas. En la primera describen la experimentación e indican el valor asignado para la puntuación a los diversos apartados (morfología, traducción, retroversión y vocabulario). La siguiente ofrece con todo detalle —numéricos y gráficos— los resultados obtenidos grupo por grupo en cada una de las cuatro evaluaciones. La última, finalmente, transcribe, tal como fueron formuladas a los alumnos, las seis pruebas de que se sirvieron para realizar las evaluaciones.

En el año 1989 Estudios Clásicos editó dos números. En el primero (95) yo mismo colaboré con «Gramática latina en el Bachillerato» y en el siguiente Santiago López y R. Carmen Rodríguez con: «Formación de palabras y aprendizaje del vocabulario latino. Utilidad del método estructural», que, dada la reciente aparición de los mismos, he preferido silenciarlos.

La Revista *Estudios Clásicos* se ha ocupado también de resumir cursillos y jornadas de didáctica y de exponer la situación de la enseñanza del latín en el extranjero. Por mi parte he omitido sintetizarlos por entender que exceden a lo que es propiamente este trabajo.